XXXII Domingo del Tiempo Ordinario, Ciclo B

Segunda Lectura: Heb 9, 24-28:

Cristo se ofreció una sola vez para quitar los pecados de todos

Cristo se ofreció una sola vez para quitar los pecados de todos. El autor de la carta a los Hebreos, en la segunda lectura, habla de la función ritual de los sacrificios cruentos de la Antigua Alianza, que servían para purificar al pueblo de las culpas legales, y los compara con el sacrificio de la cruz, y luego exclama: "¡Cuánto más la sangre de Cristo, que por el Espíritu Eterno se ofreció a sí mismo sin tacha a Dios, purificará de las obras muertas nuestra conciencia para rendir culto a Dios vivo!" (Hb 9, 14). Después de haber comparado la entrada del gran sacerdote en el templo y la de Jesús, el autor vuelve al tema del sacrificio de Jesús como sacrificio único, una vez por siempre, cumpliendo su misión: liberar a los hombres del pecado, tomando sobre sí los pecados de todos.

Cristo sacerdote y hostia es, como tal, el artífice de la salvación universal, en obediencia al Padre. Él es el único sumo sacerdote de la Alianza nueva y eterna que, realizando nuestra salvación, da al Padre el culto perfecto, del que las antiguas celebraciones del Antiguo Testamento no eran más que una prefiguración. Con el sacrificio de su sangre en la cruz, Cristo "penetró en el santuario una vez para siempre…, consiguiendo una redención eterna" (Hb 9, 12). Así abolió todos los sacrificios antiguos para establecer uno nuevo con la oblación de sí mismo a la voluntad del Padre (cf. Sal 40, 9). "Y en virtud de esta voluntad somos santificados, gracias a la oblación de una vez para siempre del cuerpo de Jesucristo…".

Esta ofrenda única y de valor infinito del sacrificio de Cristo no significa que la celebración eucarística no sea un verdadero sacrificio. En realidad, el sacrificio de Cristo fue único, que realizó hace más de dos mil años en el Calvario; pero nosotros lo celebramos cada día. El mismo nos encargó: "Hagan esto en memoria mía". Y "cada vez que comemos este pan y bebemos este cáliz, anunciamos la muerte del Señor hasta que venga" (1 Co 11 ,26).

Por esto, la constitución dogmática sobre la Iglesia reafirma que los presbíteros "su oficio sagrado lo ejercen, sobre todo, en la culto o asamblea eucarística, donde, obrando en nombre de Cristo y proclamando su misterio, unen las oraciones de los fieles al sacrificio de su Cabeza y representan y aplican en el sacrificio de la misa, hasta la venida del Señor, el único sacrificio del Nuevo Testamento a saber: el de Cristo, que se ofrece a sí mismo al Padre una vez por todas, como hostia inmaculada" (LG 28; CEC 1566).

Al respecto, el decreto Presbyterorum ordinis presenta dos afirmaciones fundamentales: a) la comunidad es congregada, por medio del anuncio del Evangelio, para que todos puedan hacer la oblación espiritual de sí mismos; y b) el sacrificio espiritual de los fieles se vuelve perfecto mediante la unión con el sacrificio de Cristo, ofrecido de modo incruento y sacramental por medio de los

presbíteros. Todo su ministerio sacerdotal saca su fuerza de ese único sacrificio (cf. PO 2; CEC 1566).

En ese único sacrificio tomó parte activa María, la primera redimida, la Madre de la Iglesia. Estuvo al lado del Crucificado, sufriendo profundamente con su Unigénito: se asoció con espíritu materno a su sacrificio; consintió con amor a su inmolación (cf. LG 58; MC 20): lo ofreció y se ofreció al Padre. Cada Eucaristía es memorial de ese Sacrificio y de la Pascua que volvió a dar la vida al mundo; cada Misa nos pone en comunión íntima con Ella, la Madre, cuyo sacrificio "se vuelve a hacer presente", como "se vuelve a hacer presente" el sacrificio del Hijo en las palabras de la consagración del pan y del vino pronunciadas por el sacerdote (cf. Catequesis en la audiencia general del miércoles, 1 de junio, n. 2; L'Osservatore Romano, Edición en Lengua Española, 5 de junio de 1983, pág. 3).

En nuestra celebración de la Eucaristía es bueno que nos acostumbremos a aportar explícitamente, ejemplo de María, al sacrificio único y definitivo de Cristo, también nuestra pequeña ofrenda existencial: nuestros esfuerzos, nuestros éxitos y fracasos, el dolor que a veces nos toca experimentar, como dicen las tres plegarias eucarísticas de las misas con niños: "acéptanos a nosotros juntamente con él", "para que te lo ofrezcamos como sacrificio nuestro y junto con él nos ofrezcamos a ti", "te pedimos que nos recibas a nosotros con tu Hijo querido". Es bueno que aprendamos a ofrecernos por la salvación del mundo, como Jesús.

Que por manos de María sepamos hacer esta entrega personal en el sacrificio externo y ritual: que del sacrificio de la Misa, pasemos al sacrificio de nosotros mismos para salvación de todos.

Padre Félix Castro Morales

Fuente: http://parroquiadelasoledad.org/ (Con permiso a homiletica.org)